

Los cincuenta, corregidos y aumentados¹

Marcela Romano
Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen

La canonización de la pródiga promoción de poetas españoles de los 50 se organizó en torno a la figura de Antonio Machado, a partir de la llamada “operación generacional” fraguada por Castellet. Una serie de prácticas públicas y editoriales dieron gran visibilidad al magisterio de este poeta “fuerte” dentro del campo intelectual de una década turbulenta y reactiva, puesta del lado de las poéticas *engagées* y refractaria a todo purismo. Sin embargo, revisiones más tardías vienen dando cuenta, apenas pasado el furor “realista crítico”, de las impostergables fisuras de esa “operación” que encubrió, como suele suceder, otros nombres y otras poéticas. Este trabajo dará cuenta, entonces, de estos otros 50, leídos a la distancia y, por lo mismo, “corregidos y aumentados”.

Palabras clave: poesía española- grupo del 50- homenaje- Antonio Machado

La canonización de la pródiga promoción de poetas españoles de los 50 se organizó en torno a la figura de Antonio Machado, a partir de la llamada “operación generacional” fraguada por Castellet *et alii.*, que incluía en principio el núcleo de poetas catalanes de la Escuela de Barcelona (Riera 1988) y que sumó, más tarde o más temprano, a otros poetas que, en unos términos bastante generales, en sintonía con ellos, escribían en la península. Una serie de prácticas públicas y editoriales dieron gran visibilidad al magisterio de este poeta “fuerte” dentro del campo intelectual de una década turbulenta y reactiva, puesta del lado de las poéticas *engagées* y refractaria a todo purismo. Sin embargo, revisiones más tardías –libros de memorias, encuentros celebratorios en torno a los poetas, antologías, entrevistas, ensayos, las travesías de sus propios proyectos creadores– vienen dando cuenta, apenas pasado el furor “realista crítico”, de las impostergables fisuras de esa “operación” que encubrió, como suele suceder, otros nombres y otras poéticas, entre las cuales reaparece, por ejemplo, el enorme y silenciado Juan Ramón Jiménez, al que Castellet había condenado en su oportunidad al ostracismo. Este trabajo dará cuenta, entonces, de estos otros 50, leídos a la distancia y, por lo mismo, “corregidos y aumentados”.

Voy a recorrer aquí en principio las alternativas de un homenaje, su foto, dos antologías y la institución de un magisterio. En segundo lugar, me iré con las fugas, los tajos infligidos a aquellas pretenciosas neutralizaciones sobre múltiples voces, que empiezan, diría, desde antes de la propia Antología de Castellet., *Veinte años de poesía española*, publicada en 1960 y antes del homenaje a Machado, en el cementerio de la localidad francesa de Collioure, en 1959.

Como se sabe, tres fueron las figuras que hoy retomamos como emblemas martiroológicos de la dictadura: García Lorca, Miguel Hernández, y Antonio Machado. La primera pregunta naturalmente apunta al por qué de su investidura, ya desde los sociales mayores, como el “santo de Colliure”. Por esos años, y en estos poetas –me refiero a los jóvenes impulsores de la Escuela de Barcelona (Carlos Barral, José A. Goytisolo y Jaime Gil de Biedma, de la mano del crítico José Ma. Castellet)– existía una manifiesta distancia con Lorca, porque Lorca rezumaba irracionalismo surrealista y tradición comarcana, gestos ambos alejados de las expectativas estéticas de estos catalanes, tanto las profundas (de las cuales ya hablaremos) como aquéllas de circunstancias y oportunidad. De Hernández, por su parte, los lectores españoles contaban con una obra de

¹ Esta ponencia es la versión preliminar y reducida de un trabajo más exhaustivo a publicarse en España.

dimensiones imprecisas, todavía publicada fragmentariamente y fuera del país –en este caso la felizmente célebre editorial argentina Losada, cuyos volúmenes entraban clandestinamente a España. Ambos eran, por lo demás, nombres del todo políticamente inconvenientes, porque la crueldad de sus muertes fue inocultable. Machado, en cambio, pasó a la posguerra falangista, como bien se sabe, descafeinado, y su republicanismo le fue perdonado atribuyéndole cierto despiste provinciano y senil, de modo que entre los 40 y los 50 constituía, para los unos y los otros, un modelo vigente.

Cuando llega 1959, el Partido Comunista organiza el acto de homenaje en Collioure para dar al poeta sevillano mayor visibilidad en Europa, contestar oblicuamente a los actos del oficialismo y, empresa casi fallida, para reunir, alrededor del Iar, los dos exilios del progresismo español, el interior y el exterior. Allí van en el coche de Goytisolo los poetas y el crítico. Los esperan otros, venidos de distintos lugares de la península (Ángel González, José Ángel Valente, José Manuel Caballero Bonald, Carlos Sahagún), el coterráneo Alfonso Costafreda, junto con los mayores, Celaya y Otero. De ese encuentro, surge la foto que, en palabras de Caballero Bonald, “si no ha dado la vuelta al mundo, le deben faltar pocos kilómetros” (2009: 38) y en la que sobrarán algunos y se echarán de menos otros; y a orillas del mar, de paseo con Goytisolo, surge, fundamentalmente, la “iluminación” de Barral, en la que se le revela, poeta “industrial” (como lo calificaba, no sin cierta ironía, José Hierro) y descendiente de editores, la mentada “maniobra de taller” que dio origen primero a la famosa y polémica antología de 1960, cuyo prólogo, suscripto por Castellet, escribieron entre los cuatro, y, luego, a la casi (auto)financiada “Colección Collioure” de Literaturas, bajo la dirección también de Castellet y con Jaime Salinas como editor (Payeras 1990).

Machado así era inventado, desde un marxismo de manual ávidamente leído por Castellet en sus visitas a Francia, como el precursor del “realismo crítico”, una nueva “actitud” que, atando la serie literaria a un férreo determinismo histórico, parecía liquidar con su protagonismo, y de una vez y para siempre, la “tradición simbolista” precedente.² Volvía a fraguarse así una figura de escritor atravesada por constelaciones de procedencia varia: el rechazo a la vanguardia, la búsqueda de una poesía de tono menos épico que la de los sociales, unas ciertas cualidades meditativas, un alertado “objetivismo” estético, pero, por sobre todo, el ejemplo ético del intelectual que conciliaba con el antifranquismo de todos ellos y sus simpatías, cuando no su militancia, por y en el PC.

No voy a hacer alusión aquí a las repercusiones inmediatas de esa Antología aunque sí a otra compilación interesante, escrita al calor de la senda trazada por Castellet y que por lo mismo le costó a su autor, el argentino Rubén Vela, la reprimenda de la Embajada de España y la anulación del otorgamiento de la distinción de la “Orden de Alfonso el Sabio”. *Ocho poetas españoles. Generación del realismo social*, tal su título, fue una antología consultada publicada en 1965, pero elaborada, según testimonio de Vela, entre 1959 y 1961, y recoge en sus poéticas la autoproclamación grupal anudada en torno al mandato del “mestre” Castellet, “mágico prodigioso y alquimista ejemplar” como lo llama Carmen Riera. Pocos años después, en 1962, se publicaba *Versos a Antonio Machado*, en la editorial republicana del exilio Ruedo Ibérico, de París. Pasada la mitad de esa misma década, el realismo crítico moría y con él, el segundo “secuestro” (Rubio 1990) de su precursor. Pero más allá del oportunismo de estas maniobras, hay que decir que Machado, como bien anota Fanny Rubio, fue siempre una presencia incuestionable después de 1939.

José Olivio Jiménez, en *La presencia de Antonio Machado en la poesía*

² Lejos estaba Machado de esta dialéctica en la que se lo involucra. Así lo ve con su habitual lucidez Valente, cuando en “Machado y sus apócrifos” nos dice: “Machado, gran creador de apócrifos, fue él mismo apócrifamente recreado [...] pero no siempre [...] con excelencia” (1994: 94).

española de posguerra de 1984 (libro fundante, a nuestro juicio, en lo concerniente a la exploración de esta "figura" de autor), parte de una hipótesis reconstructiva y bifronte: "documentar las vicisitudes que han regido el proceso de construcción —con mayor rigor: de fragmentación primera y de reintegración última— de la imagen de Machado a lo largo de la época" (10). Este rastreo le permite al autor leer en sintonía "la historia interior de la lírica peninsular de posguerra", la cual será abordada desde la iniciación de la Guerra hasta la afirmación "novísima" a fines de los sesenta. En lo que respecta al grupo del 50, subraya Jiménez el protagonismo de la "palabra en el tiempo" machadiana "como centro de cohesión" entre su propia obra y las escrituras que la retoman (Capítulo IV), en disidencia con el sujeto "destemporalizado" de la vanguardia. En su análisis de la obra del maestro escucha Jiménez "el triple canto temporal de Antonio Machado" en la aleación de "tres modulaciones [...]: el tiempo interior, el tiempo histórico y la reflexión sobre el tiempo" (116), ésta última presente en *Nuevas Canciones* y la prosa de Martín y Mairena. En lo que respecta al grupo de poetas que nos ocupa, destaca la pincelada revitalizadora de la figura del poeta por ellos fraguada: "Su visión de Machado fue ensanchándose notablemente, y, al proceder así, rescataron de nuevo aquellos aspectos olvidados de su obra" hasta dar forma a un "Machado integral" (172), recuperado en todas las variaciones de su, como vimos, complejo imaginario temporalista. Lo cierto es que, más allá del retorno simbólico, ético, circunstanciado, del hombre Machado (que ellos mismos sintieron que podían también ser), varios poetas del 50 parecen reorientar, en sus propias escrituras y de distintos modos, la "palabra en el tiempo" predicada por el maestro en aquel sentido hojaldrado que supo muy bien discernir José Olivio Jiménez: el tiempo intuido en la existencia, en la constitución/ desconstitución de la propia identidad; el tiempo social, referido con una "media voz" prescindente de todo profetismo, y la propia reflexión sobre el tiempo, mediada por tonos y estrategias muchas veces próximos a los del maestro: el acento elegíaco, la sobria contención emotiva, el gesto recatadamente sentencioso.

No obstante, y retomando nuestras primeras líneas, cabría preguntarse si estos rasgos que atribuimos a la escritura machadiana (y que por otra parte, está presente sólo en algunos libros de algunos de los poetas del 50, que, como insistentemente se ha dicho, apenas si han podido coincidir entre sí) no provienen en simultáneo de otros nombres, y configuran, por lo mismo, una biblioteca que en los 50 poco podía contra la impronta "temporalista" arrastrada desde los sociales y exigida por las urgencias del momento.

Seguramente ha sido Ángel González (y en bastante menor medida Goytisolo) quien con mayor perdurabilidad ha revelado en sus *afinidades electivas* su diálogo con Machado. Un diálogo que comenzó después de su fascinación de convaleciente por Juan Ramón Jiménez, un "hondo" diálogo que lo llevó, como crítico, a la obra del sevillano en diversos artículos luego compilados en *Antonio Machado* de 1979, reeditado y prologado, no casualmente, por Luis García Montero en 1999. Curiosa e intensa indagación en la obra del poeta, en el que pervive para González, por encima del poeta simbolista, un romanticismo poliédrico que desmenuza a la luz de sus propias lecturas de Abrams y Langabaum. Esta herencia posibilita, a lo largo de la escritura machadiana, el encuentro de muchos tonos en apariencia disímiles: el del poeta popular y el elegíaco, el intimista y el civil (101), rasgos que anudan, por otra parte, y como bien adivina el prologuista García Montero, con la del autor asturiano.

No obstante, otras relaciones no parecen tan nítidas. Antes del montaje generacional, y llevado de la mano por la náusea sartreana y los lugares inhóspitos de los *Cuartetos* de T. S. Eliot, Carlos Barral había publicado en 1957 *Metropolitano*, un libro galimático que, según Carmen Riera aseguró en el congreso sobre el grupo celebrado en Jerez, no lo entendía ni él (2000: 56). En esa misma década del sesenta Barral confesaría lo inconfesable al antólogo Battló: "Admiro mucho a Machado pero *no me gusta*" [subrayado mío] (citado en Riera 1988: 197). Y qué decir de Jaime Gil de Biedma, que nos

ha hablado de “el tiempo y yo”, pero cuyas “afueras”, de 1959, acompañaban ya el viaje de un lector arriesgado y extravagante. Qué decir del devoto, junto con Ferrater y Barral, de una común profesión de fe por la modernidad europea, en la que de a uno o en grupo iban trayendo y traduciendo textos del Baudelaire de los “Tableaux Parisiens”, Mallarmé, Laforgue, de nuevo Eliot (Eliot y Cernuda), Cernuda y los poetas ingleses desde los metafísicos del XVII a los victorianos del XIX, Rilke, a los que se sumaban los clásicos grecolatinos, con Catulo a la cabeza. Jaime Gil, como el propio Valente, no incluirá en sus ediciones definitivas los versos dedicados a Machado en el mencionado volumen de Ruedo Ibérico, y también dejará afuera de su edición de *Compañeros de Viaje* un epígrafe machadiano, que será reemplazado por otro de Wordsworth. Sin embargo, mantendrá como acápite de su obra completa reunida bajo el título de *Las personas del verbo* un hermoso consejo machadiano de *Campos de Castilla* cuyo final, no obstante, parece no coincidir con la concepción del arte que, en conjunto, nos ofrece la prosa y la poesía del maestro. En este texto, más que “don Antonio” está Manuel, sin cuya figura de escritor y su idea finisecular del arte como “juego” (que viene a coincidir, dicho sea de paso, con la desacralización del poeta leída por Gil de Biedma en los ensayos de Wystan Auden), resulta para muchos difícil pensar la eficacia canalla de los *malos poemas* del catalán.

Distancia mayor establecen al respecto dos poetas como Claudio Rodríguez y Francisco Brines. El primero, nombre rutilante de “Adonais” e *Insula* y por lo mismo incorporado como por obligación a la antología de 1960, había ya dado muestras de una personalísima voz, cercana al simbolismo o al objetivismo guillenianos en *Don de la ebriedad*, publicado a los 20 años. Y Brines, recién sumado al grupo en la segunda antología de Castellet, *Un cuarto de siglo de poesía española* (1964) y nutrido por el Machado de *Soledades* y otras voces –Rilke, los elegíacos latinos, Herrera, Cernuda, Salinas, Juan Ramón, Kavafis, Borges, la poesía en lengua inglesa– había rechazado la oferta de Gil de Biedma de publicar sus *Palabras a la oscuridad* en la colección “Colliure”. Su escritura ya por entonces no se avenía a la impronta del compromiso desafiante desde el nombre mismo del emprendimiento que, sin embargo, iba a acoger, en 1965, los poemas eróticos de Jaime Gil reunidos bajo el título de *En favor de Venus*, y que, en verdad, poco deben a las lecturas de Machado.

He dejado deliberadamente al margen a Caballero Bonald y a Valente porque ambos se apartan radicalmente, antes o después, de la escritura machadiana. Son evidentes desde el comienzo en la poesía de Caballero los coqueteos irracionalistas, culturalistas y gongorinos, y también que el libro publicado en “Colliure”, ostentosamente titulado *Pliegos de cordel*, fue un desvío circunstancial e interesado del cual luego se excusó, sosteniendo la escasa consideración que él mismo ha prodigado a ese pecado juvenil (1983: 27). ¿Y qué fue del “tiempo” machadiano en Valente, sino una progresiva extenuación en el no-tiempo de una subjetividad concebida –Mallarmé, Lezama Lima, Juan Ramón y todas las místicas mediante– por fuera de cualquier concepción histórica y social, donde ni siquiera la “intimidad” o el tiempo “interior” resultan categorías evaluables? Aún así, Valente, fiel al modelo cívico del sevillano, le dedicará espléndidos ensayos, reeditados por propia voluntad en su última edición de *Las palabras de la tribu*, en 1994. Recientemente su albacea, Andrés Sánchez Robayna, ha cedido a *Cuadernos Hispanoamericanos* un curioso y conmovedor texto en prosa del orensano, firmado por un tal Martínez, uno de los alumnos más entusiastas e inquisidores del profesor Mairena.

En ocasión del mencionado congreso celebrado en torno al grupo, en Jerez de la Frontera, Caballero Bonald recordaba en su salutación inaugural:

En Colliure nos reunimos prácticamente todos los escritores de dentro y fuera de España –más bien de Barcelona y París– implicados en la actividad antifranquista. Allí acaba fraguándose la estrategia corporativa del grupo del 50 [...] Sin duda que fue eso [...] el principal factor de cohesión del grupo, ya que en ningún caso las afinidades literarias dejaron de ser episódicas y, desde

luego, muy poco significativas.[...] Cuando se empezaron a remansar las aguas, cada uno las vadeó a su manera [en pos de] recuperar el cultivo de una literatura que habíamos mantenido como hibernada, en espera de poder regresar a nuestros privados cuarteles estéticos. [...] Lo que de veras importa es que permanezcan algunas personalidades aisladas. Y eso ya ha ocurrido". (10-12)

Queda como cierre esta última reflexión de Caballero. Más acá o más allá de cualquier "operación generacional", con Machado o incluso sin él, "corregidos" y/o "aumentados", estos nombres a los que nos hemos rápidamente referido abren a la poesía española, y definitivamente, la puerta de la modernidad europea, recuperando a su vez críticamente la tradición peninsular heredada. Todavía dejan oír sus voces –muy a su pesar, a veces reducidas a atenuadísimos ecos– en gran parte de la poesía actual, de la cual, con diferentes tonos y a menudo encontrados imaginarios estéticos, han sido y son todavía incuestionables maestros.

Bibliografía

- CABALLERO BONALD, José Manuel (1983), "Introducción", en *Selección propia*. Madrid, Cátedra, pp. 13-18.
- (2009), "Un recordatorio", en *Iravedra 2009*, pp. 38-9.
- CASTELLET, José María (1960). *Veinte años de poesía española*. Barcelona, Seix-Barral.
- GIL DE BIEDMA, Jaime (1998). *Las personas del verbo*. Barcelona, Lumen.
- GONZÁLEZ, Ángel (1999). *Antonio Machado*. Madrid, Alfaguara.
- IRAVEDRA, Araceli (ed.) (2009). *Colliure, 1959*. Monográfico de la revista *Ínsula*, 745-746, enero-febrero.
- JIMÉNEZ, José Olivio (1984). *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*. Colorado, Society of Spanish and Spanish American Studies.
- PAYERAS GRAU, María (1990). *La colección "Colliure" y los poetas del medio siglo*. Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, Caligrama/Anexos 4.
- RIERA, Carmen (1988). *La escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma, Goytisolo, el grupo poético de la generación de los 50*. Barcelona, Anagrama.
- RUBIO, Fanny (1990), "Antonio Machado en la posguerra, rescates y secuestros", en *Actas...*, pp 249-57.
- VALENTE, José Angel (1994), "Machado y sus apócrifos" [1971], en *Las palabras de la tribu*. Barcelona, Tusquets, pp. 93-7.
- "Martínez, aprendiz de Retórica" (2008), con presentación de Andrés Sánchez Robayna, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 694, abril, pp. 19-26.
- VELA, Rubén (1965). *Ocho poetas españoles. Generación del realismo social*. Bs. As., Ediciones Dead Weight.
- VV.AA (1962). *Versos para Antonio Machado*. París, Ruedo Ibérico.
- VV.AA (1990). *Antonio Machado hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*. Sevilla, Alfar.
- VVAA (2000). *Actas del Congreso 99. El grupo poético del 50, 50 años después*. Jerez de la Frontera, Fundación Caballero Bonald.